

CLUB DEL MISTERIO

HUGH M'CUTCHEON



**EL ANGEL
DE LA LUZ**

11

El crimen se agazapa esta vez en un coqueto hotelito ubicado en las apacibles colinas de Sussex. Y hasta allí va a descubrirlo un ex oficial de la Marina de Su Majestad Británica. Las sorprendentes aventuras de este marino metido a detective lo conducen a descubrir dos asesinatos donde sólo buscaba uno. ¿Podía acaso imaginar que persiguiendo al asesino del hotelero hallaría también al raptor de su felicidad? Pero la vida vence a la muerte, y al cerrarse su herida renace para el marino detective, la perspectiva de una dicha comprada al precio de su anterior dolor y sus azarosas aventuras pasadas.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

ANTHONY HOWARD, un detective privado obsesionado por el recuerdo de Eve, su esposa.

SUSAN WORTH, su secretaria, veinticuatro años y un alma excesivamente romántica.

PAUL GABRIEL, donjuanesco propietario de «El Ángel de la Luz», un hotel en Riverford, Sussex.

GEORGE HOWARD, primo de Anthony, muy bien ubicado en Scotland Yard.

McKELLAR, detective inspector, un hombre resuelto.

SARGENTO FLOWERDEW, su segundo.

LENOR GABRIEL, otro «ángel de la luz».

Huéspedes en el mencionado Hotel:

CORONEL T. A. HOUSTON, viejo conocido de Howard.

CLARE y PENELOPE TREVASKIS, dos mellizas muy diferentes.

CONNIE MURDOCH, empleada del hotel.

Dr. PRIDE, químico.

KATHERINE PRIDE, su flamante esposa.

PAMELA GORDON, una señora cuyo marido viaja.

DAVID GORDON, hijo de la anterior, doce años y una garganta de pájaro.

SEBASTIAN CARTER, comerciante londinense.

SAM HARDING, norteamericano.

JOHNNY, barman.

I

Recuerdo que estaba silbando. Quizá porque ya iba habituándome a la idea de haber sido dado de baja de la marina por invalidez a los treinta y tres años, o quizá porque no me dolía mucho la pierna en ese momento; era un infierno lo que me deparaba en los días de humedad, como regla general. Podía también deberse al hecho de que recientemente había logrado llevar a feliz término mi primer caso como detective privado, o porque no había tenido lo que mis compañeros de armas solían llamar «aquello» desde hacía casi un mes. Fuese cual fuese el motivo psíquico de mi estado de ánimo, el caso es que, al subir las escaleras de mi oficina de Fenton Street, estaba silbando.

Tal como lo ordenara, el hombre había dibujado la inscripción sobre el rústico vidrio de la puerta y me detuve a admirar su obra.

ANTHONY HOWARD
Detective privado

Debían de haber dado las doce antes de que hubiese terminado la última palabra y, naturalmente, siendo un obrero británico de la era de los sindicatos, habría abandonado de inmediato su labor para almorzar.

Cerré la puerta con el bastón y, mientras me dirigía cojeando por el corredor hacia mi oficina general, oí a Susan que comenzaba su teclear característico, suave y asombrosamente rápido. Su cabeza oscura estaba inclinada sobre la máquina de escribir; apoyándome sobre el escritorio, la miré.

Susan tenía veinticuatro años y en ella se amalgamaban la elegancia y sofisticación norteamericanas con la belleza de una rosa inglesa.

–¿Sabe, comandante? –exclamó al verme–. ¡Apareció un cliente!

–Bien, bien –dije–. Ahora sí que podré dictarle algo efectivo. Pero recuerde que no quiero que me llame comandante. ¿Entendido?

–Perdón, señor Howard, lo había olvidado. El cliente lo está esperando en su despacho.

–¿Cómo es? –Yo había descubierto que Susan era muy buena para describir a la gente y que su juicio resultaba, por lo general, acertado.

–Aparenta unos treinta y cinco años. Tiene cabello negro y semblante pálido, se diría azulado en los carrillos. No sé por qué me recuerda a Byron. Pero, a pesar de su apariencia anémica, hasta podría decirse que es elegante. En sus ojos me pareció advertir una mirada burlona; camina como si no viera muy bien, casi a tientas. Aquí tiene su tarjeta.

Tomé el trozo de cartulina marfil y leí:

PAUL GABRIEL.
Hotel El Ángel de la Luz.
Riverford - Sussex.

–Debe ser el propietario –observó Susan.

–Gabriel... –repetí–. Y llama a su hotel «El Angel de la Luz». ¡Qué bonita asociación de ideas! ¿Hace mucho que espera?

–Unos quince minutos.

Abrí la puerta de mi oficina empujándola con el bastón, la cerré después de entrar y giré para saludar a mi cliente. Había estado sentado en el sillón de cuero que yo comprara, luego de cuidadosa elección, para comodidad de mis visitantes; un cigarrillo a medio fumar, humeando

en el cenicero de uno de los brazos del sillón, así lo indicaba; pero él ya no estaba allí. Se hallaba tendido sobre el piso, próximo a mi escritorio, y no necesité mirarlo mucho para darme cuenta de que yacía muerto.

Me agaché junto al cadáver. ¡Qué dilatadas se veían sus pupilas oscuras y vidriosas! Al caer había derribado la fotografía de Eve y vomitado la rica alfombra verde de Aubusson que adquiriera de segunda mano tan solo una semana atrás.

Levanté la foto de Eve y volví a colocarla sobre el escritorio, reparando antes un instante en su belleza triste y melancólica; luego me dirigí a la puerta.

—Susan —pregunté—, ¿ha estado usted aquí todo el tiempo desde que llegó el señor Gabriel?

—Solamente salí al corredor por cinco minutos.

—¿Oyó algún ruido en mi oficina?

—Absolutamente ninguno. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Mi cliente pasó a mejor vida; está muerto.

—¡Muerto! ¿Qué significa eso?

—¿Qué puede significar? Que no está vivo.

—¡Pero, pero si estaba vivo cuando entró en su oficina!

—Bueno, ya no está vivo —le aseguré—. ¿Entró alguien en la habitación desde que él llegó?

—No, al menos mientras yo estuve aquí. ¿Quiere que llame a la policía?

—Sí, es mejor que se lo comunique a mi primo de Scotland Yard. Llámelo, que yo le hablaré.

Volví a mi oficina. Me dejé caer en la silla giratoria del escritorio contemplando los restos de Paul Gabriel y aguardé el llamado. Mi primo George Howard está muy bien ubicado en el Yard: hasta los inspectores principales lo tratan con deferencia. Tiene un sentido macabro del humor, pero nos llevamos bastante bien.

El teléfono sonó y levanté el receptor.

—¿Eres tú, George? Anthony habla. Escucha: hay un cadáver en mi oficina.

—¿Es, por casualidad, delgado, morocho, de ojos oscuros y carrillos azulados y, cuando estaba vivo, respondía al nombre de Gabriel?

—¡Santo cielo —exclamé—, debes ser vidente!

—En honor a la verdad, yo te lo envié. Vino a verme con el cuento de que su mujer estaba tratando de envenenarlo.

—Bueno... ¡lo consiguió! Exhibe síntomas evidentes de envenenamiento y manchó mi hermosa alfombra.

—¡Espléndido! No vayas a limpiarla hasta que mis muchachos le hayan dado un vistazo. Te enviaré a McKellar.

—Eso es lo que quería —contesté—. Pero dime, ¿por qué recurrió Gabriel a ti?

—Paré una vez en su hotel.

—¿Cómo es?

—Para fines comerciales, nada especial. ¿No habrás sido tú, por ventura, quien mató a ese pájaro? —Hasta mí llegó su risa ahogada mientras colgaba el receptor.

Me eché hacia atrás en la silla, tomé un cigarrillo y miré otra vez el cadáver.

Frente al espectáculo de la muerte comenzaba a sentirme aturdido: ésa era mi debilidad. Me parecía estar viviendo un sueño; sentía que el escritorio de nogal que estaba frente a mí, cubierto por un vidrio, el archivo de acero (casi vacío) en un rincón, la biblioteca de nogal, la percha y todos los costosos adornos con los que había amueblado la habitación, podían disolverse, de un momento a otro, en la nada. Solo la fotografía de Eve era real, demasiado real.

Algo en la biblioteca me llamó la atención. Una de las puertas corredizas de vidrio estaba ligeramente abierta y noté que un libro había sido invertido. Estaba seguro de no haberlo colocado así, pues soy escrupuloso con los libros; me acerqué y lo saqué. Era una edición del «Quién es quién» de dos años atrás; parecía que Gabriel había estado buscando los datos personales de alguien mientras

me esperaba. Me pregunté quién habría sido el objeto de su interés y probé la vieja treta de abrir el libro al azar, en la esperanza de que cayera en la página hojeada por última vez; lo puse sobre mi escritorio y, cuando me disponía a leerlo, me encontré frente a mi propio nombre.

Howard, comandante Anthony Bruce de Rochefort –leí—. Orden del Servicio Distinguido 1939, etc...

No había pista alguna en eso, pensé; era natural que Gabriel hubiese querido conocer mis datos personales si había pensado utilizar mis servicios.

Volví a colocar en su sitio el «Quién es quién», tomé otro cigarrillo de la caja de plata que tenía sobre el escritorio (había masticado lastimosamente el primero hasta convertirlo en un mazacote húmedo de tabaco) y otra vez miré el cadáver de aquel hombre.

Me aproximé a Gabriel, me arrodillé a su lado y comencé a registrarle los bolsillos. Nada importante había en ellos: un reloj chato de oro, una navaja, llaves, una cartera atestada de papeles, varias chucherías y una botellita de vidrio llena hasta la mitad con pastillas redondas, blancas, del tamaño de media aspirina.

Parecían un sedante común; mi médico me había recetado unas muy similares; pero no cabía duda de que su hallazgo iba a alegrar mucho a McKellar.

En ese momento oí pesados pasos en el corredor y ni bien llegué a mi silla apareció, asomándose por la puerta, la alta y corpulenta figura del detective inspector McKellar. Era un hombre de cabeza arrogante, rostro ceñudo, mentón resuelto y facciones firmes y duras, graníticas.

Detrás de él entraron el detective sargento Flowerdew, luciendo su eterna y empalagosa sonrisa, y otros dos hombres, que parecían dos lúgubres empleados de pompas

fúnebres, con trajes brillosos de sarga azul y sombreros redondos.

McKellar refunfuñó y se arrodilló junto al cadáver.

—¿Así estaba cuando lo encontró?

—Admito haberlo registrado, pero le aseguro que no he tocado nada.

—¿Y por qué miró?

—Por lógica y humana curiosidad, Mac.

McKellar se incorporó, echó la cabeza hacia atrás y me dijo:

—Teniendo una secretaria tan bonita, ¿no le gustaría salir un momento y hacerle el amor?

—Aunque es una sugestión altamente inmoral, viniendo de usted, probaremos.

Salí, me acerqué a la mesa de Susan y le dije:

—Me ordenó el inspector McKellar que le haga el amor.

—Ni durante las horas de trabajo ni después de ellas —repuso la joven.

Conversamos alrededor de media hora sobre temas triviales, yo tratando de sacarla de su hermetismo y ella haciendo lo posible por burlar mis propósitos, con buenos resultados en general.

Apareció entonces el sargento Flowerdew, precedido por el primero y segundo sepultureros que llevaban el cadáver sobre una camilla. McKellar me hizo señas con la cabeza para que entrara en la habitación y así lo hice, cerrando la puerta detrás de mí.

—Bien, Mac —dije mientras me hundía en el sillón—, vengan las preguntas.

—¿Qué respuestas obtendré?

—Las verdaderas.

—Ajá, veremos. Usted encontró a ese hombre muerto en el suelo y le revisó los bolsillos. Su primo se lo envió porque le fue con el cuento de que su mujer estaba tratando de envenenarlo. Eso es cuanto sabe, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces, si quiero saber algo más, se lo preguntaré a su secretaria y si usted quiere escuchar un consejo, aquí va: no se mezcle en esto.

—Es lo que pienso hacer.

Nada ocurrió hasta la investigación judicial, tres días más tarde. Atestigué haber encontrado el cuerpo, un hermano lo identificó y el médico policial realizó la autopsia comprobando que la muerte se había producido por envenenamiento con atropina, pero no se pudo saber en qué forma le había sido administrada. En la botellita se encontraron simples pastillas sedantes.

Suspendida la investigación pensé que, en cuanto a mí concernía, el caso de Paul Gabriel era asunto acabado.

La misma tarde, después del almuerzo, estaba de nuevo en mi oficina cuando sonó el teléfono.

—La señora Gabriel desea verlo —me comunicó Susan.

—Hágala pasar —ordené. La puerta se abrió y me puse de pie.

Una mujer entró lentamente en la habitación, mas se detuvo, indecisa, mirándolo todo. Poseía una belleza singular, como la de las *Madonnas* de Rosetti. Aquella deliciosa indecisión de sus modales parecía realzar el encanto que emanaba de su figura nítidamente perfilada, pues, haya sido por mera casualidad o expreso propósito (no podría afirmarlo), se había ubicado bajo el haz de luz que caía desde la ventana.

—¿El comandante Anthony Howard? —preguntó. Su voz, grave y profunda, parecía nerviosa.

—Anthony Howard —corregí—. Ya no me une ninguna vinculación con la Marina.

Me aproximé al sillón y ella se dejó caer lentamente en él, se recostó contra el respaldo, cruzó sus hermosas piernas y se cubrió las rodillas con los bordes del tapado. Empezó a quitarse los guantes, gesto que, no obstante su simplicidad, realizado por ella adquiriría una gracia infinita. Sus manos, delgadas y blancas, solo lucían en los dedos

afinados una sencilla alianza de oro y había pintado sus uñas de color natural.

–Soy Lenor Gabriel –dijo.

¡Lenor! El nombre burbujeaba con la musicalidad de una cascada. ¿Fue Edgar Allan Poe el que escribiera sobre su «hermosa, perdida Lenor»? Esta Lenor no era menos hermosa, por cierto, y podía hacer, igualmente, la pérdida de los hombres.

–Mi sentido pésame por la muerte de su esposo –le dije.

–Gracias.

–¿En qué puedo ayudarla, señora Gabriel?

–La policía cree que fui yo la que envenenó a mi marido.

La expresión de su rostro en reposo tenía una tristeza enternecedora, pero no era la desesperación propia de una pérdida reciente, sino una melancolía más vieja y profunda, como si su rostro hubiese sido vaciado en un molde de tristeza; aun así tenía una serenidad, una dulzura que no provenían de la textura de su piel aterciopelada; su origen estaba en lo más hondo del alma.

–¿Y fue usted?

–No.

–Entonces no se aflija. El porcentaje de personas condenadas injustamente es muy pequeño.

–No tengo ningún interés en aumentarlo, señor Howard.

–¿Y cómo quiere que la ayude?

–Viniendo a Riverford y comprobando mi inocencia.

–En otras palabras, usted espera que yo descubra al asesino, ¿no es eso?

–Sí, por favor.

–¿Por qué me eligió a mí?

–Su primo de Scotland Yard habla muy bien de usted. Él le envió a mi esposo.

–¿También a usted?

–No, yo vine sola.

–Emplear a un detective privado no es fácil, señora Gabriel. Tendré que saberlo todo acerca de usted, qué clase de persona es, cómo era su marido, qué sentía usted por él, sus verdaderos sentimientos, sin mentiras, sin evasiones, nada de verdades a medias; tendré que saberlo todo.

–Le diré cuanto desee y estime necesario.

–Para comenzar, usted no amaba a su marido.

Se estremeció y nuevamente la sangre le subió al rostro.

–¿También es psicólogo, señor Howard?

–No, solo un buen observador. Ha elegido su luto con demasiado esmero, y no hubiera sido así si estuviera cegada por el dolor. ¿Por qué no lo quería?

–Me era... infiel.

–¿Con alguien en especial?

–Me temo que con muchas.

–¿Cuánto hace que estaban casados?

–Cuatro años.

–¿Cuál era su nombre de soltera?

–Hamilton.

–Conocí un tal Peter Hamilton una vez: un oscuro actor.

–No es pariente mío. Mi padre fue médico.

–¿Y usted su asistente?

–Sí, le ayudaba a preparar las recetas.

–¡Oh! –dije significativamente.

–Sé de venenos –bajó la vista–, y lo malo es que la policía lo sabe.

–A pesar de eso no creo que deba preocuparse. El inspector McKellar es un hombre inteligente y jamás se deja llevar por las apariencias. Bien. Iré a Riverford.

Tocó su cartera, que tenía sobre la falda.

–Esto..., ¿cuánto debo pagarle?

Dije una suma y la sacó sin pestañear.

–No es necesario que me abone ahora. Mi secretaria ya se encargará de pasarle la cuentita.

–¿No habrá otros gastos?

–Alojamiento gratis en «El Ángel de la Luz» para mí y mi secretaria.

–¿Su secretaria?

–Sí, necesitaré a alguien que tome notas. Iré a «El Ángel de la Luz» en carácter de autor, no como detective privado. Me gusta escribir libros policiales y simularé estar escribiendo uno en su hotel.

–¡Pero si se mencionó su nombre en la crónica periódica de la investigación! Seguramente no faltará quien descubra que fue usted el detective privado a quien mi esposo acudió antes de su muerte.

–Eso es lo que espero que ocurra. Si el asesino no fuera usted, puede impresionarle el saber mi verdadero papel en este asunto. Le dejaré creer que estoy sobre alguna pista y puede ser que en esa forma consiga descubrirlo. Si piensa que soy peligroso, no es aventurado afirmar que tratará otra vez de probar sus condiciones para el crimen.

–¿Y si lo consigue?

Tuve uno de mis momentos de amargura, imposibles de ocultar, y le contesté:

–No me importaría.

Me miró atónita.

–Tengo motivos para estar amargado.

–¿Cuándo llegará a «El Ángel de la Luz»? –preguntó y se puso de pie.

–Mañana, sábado, a la hora del té. –También yo me levanté y nos miramos. Las sombras, bajo sus ojos violáceos, acentuaban su profundidad.

–Queda aún una cosa más, señora Gabriel.

–¿Sí?

–Se conoce el caso de cierto asesino que echó mano de un detective privado para confundir a la policía. Quiero que sepa que deberé revelar cualquier prueba que señale su culpabilidad; si eso sucediera, la delataré a las autoridades policiales.

–¿Deberá hacerlo?

–Deberé hacerlo. Es cuestión de ética, de integridad profesional y, además, les tengo alergia a los asesinos.

–Comprendo.

–En otras palabras, señora Gabriel, no trabajaré *para usted*; serviré a la justicia.

Sonrió.

–Es usted demasiado inteligente para mí, señor Howard; espero que también lo sea para dar con el asesino.

–Miró la fotografía de Eve y se fue. Largo tiempo después de su partida la sensación de su presencia seguía flotando en el ambiente. Llamé a Susan.

–Puede comenzar un nuevo legajo –le dije–. La señora Gabriel quiere que la salve de la horca por el asesinato de su marido.

–Espléndido –repuso Susan–. ¿Esta vez fijó sus honorarios?

–Sí, e incluyen unas vacaciones para usted y para mí en «El Ángel de la Luz».

El camino se extendía ancho y recto ante nosotros; pensé que, corriendo por la carretera, podría aturdirme y lograr una pequeña sensación de felicidad. Dejé que el MG se lanzase a toda velocidad y no traté de aminorar la marcha. Bosques, setos de arbustos, parcelas de tierra sembrada, todo se confundía en una sola y extendida mancha multicolor; el rugido del motor era como una música salvaje. Había bajado la capota y el parabrisas y el viento me azotaba el rostro mientras la aguja del velocímetro pasaba los ochenta.

A mi lado, Susan se arrebujo en el asiento; le brillaban los ojos con el regocijo de la vertiginosa carrera.

El MG saltó en una subida, se elevó sobre ella con la gracia de una golondrina y allí, anidada en el valle, a nuestros pies, perfecta en su pequeñez y acariciada por el mar, apareció la villa de Riverford.